

LA BIBLIOTECA NACIONAL Y LAS EXPOSICIONES BIBLIOGRÁFICAS

AMALIA SARRIÁ RUEDA

El libro nace como un objeto de consumo. Su valor esencial reside en ser vehículo para la comunicación escrita y como tal debe ser difundido. Pero con el tiempo adquiere una nueva dimensión: lo que fue en el acto de su aparición información viva del momento presente pasa a ser noticia histórica. El tiempo convierte al libro en testigo de culturas pasadas, no sólo por su contenido, que conserva vivo el pensamiento del autor de otros tiempos, sino también por su forma, por su calidad de objeto que se adapta a los gustos estéticos del momento en que vio la luz. De estos dos aspectos cambiantes del libro —el intelectual y el material— se deriva una doble responsabilidad de las bibliotecas, si son depositarias de colecciones de libros antiguos. Por una parte, y es éste su primordial compromiso, la obligación de estar al servicio de la información y del estudio poniendo a disposición de lectores e investigadores los materiales que se integran en sus colecciones; la segunda responsabilidad es la de su custodia y confiere a la biblioteca el carácter de museo del libro. Esta condición de museo está avalada, además, por la presencia en su fondo documental de materiales puramente artísticos —dibujos, grabados sueltos o en colección, fotografías, encuadernaciones—, piezas testimoniales de la evolución de las artes librarias a través de los tiempos.

Si los libros son para ser leídos, los bellos libros son también para ser contemplados. Aunque las bibliotecas extremen los cuidados para asegurar la integridad de sus tesoros, sin impedir su consulta a los investigadores literarios, son generosas para exponerlos a la contemplación por medio de exposiciones permanentes o temporales. La conmemoración de interés local, nacional o internacional tiene siempre el complemento gráfico de una exposición de libros. El libro bello es, por sí mismo, objeto digno de ser exhibido.

La Biblioteca Nacional de España ha sido fiel a este doble sentido de biblioteca de estudio y de museo bibliográfico desde el primer momento

de su constitución. Razones históricas han hecho de ella el primer museo español del libro. En su trayectoria ha procurado acercar sus tesoros al gran público y en su haber cuenta con la celebración de brillantes exposiciones que han enriquecido culturalmente a todos los que las han visitado. Por otra parte, su condición de archivo general de la producción bibliográfica española, como centro receptor del Depósito Legal, capacita a la Biblioteca Nacional para dar a conocer en una exposición la evolución de un tema literario o científico por su desarrollo a través de textos escritos, desde los más antiguos manuscritos hasta los más recientes tratados publicados sobre el mismo.

La más antigua forma de exposición en la Biblioteca Nacional tuvo su expresión en la exhibición permanente de las más valiosas obras de su colección en salas de lectura o de trabajo. Especialmente notable era la exposición de manuscritos del Departamento correspondiente que en el edificio de Recoletos ocupó el ala izquierda de la primera planta. En las dos salas de trabajo de los bibliotecarios, manuscritos originales de los siglos XIV a XVI —Libro de Buen Amor, Rimado de Palacio, Libro de Alexandre, Poema de Yusuf—, textos autógrafos de dramaturgos del siglo de oro, manuscritos miniados, cartas autógrafas de personajes históricos, permanecieron abiertos en vitrinas verticales o de mesa para mostrarse con todo su valor durante unos cincuenta años. Este sistema de exposición permanente fue rechazado porque, a pesar de las precauciones tomadas para proteger los materiales expuestos de la acción del polvo y de la luz, los manuscritos sufrieron deterioros en las páginas por las que estuvieron abiertos —oscurecimiento de los pergaminos, debilitación de las tintas, empaldecimiento de los colores— y hubo que restituirlos a los estantes cerrados para su adecuada conservación.

En la línea tradicional de las exposiciones permanentes, la actual sala de trabajo del Servicio de Manuscritos, Incunables y Raros exhibe en una vitrina adosada al muro las primeras ediciones de las obras de Miguel de Cervantes, pero en reproducción facsímil, y una muestra seleccionada de tapas de encuadernaciones antiguas de la colección Rico y Sinobas. El Gabinete de Estampas y Bellas Artes también utiliza este sistema para decorar las salas reservadas con grabados convenientemente protegidos del polvo y de la luz.

Con intención pedagógica y durante la época en que Hipólito Escolar ha sido Director, en una sala bastante transitada de la Biblioteca —acceso a las Secciones Especiales— en vitrinas de pie dispuestas en torno a la sala se resumía la Historia del Libro en facsímiles, desde las tabletas de arcilla cocida hasta el siglo XIX.

Con las escasas excepciones mencionadas, nunca pretexto para exhibir piezas originales, las exposiciones permanentes han sido sustituidas

por exposiciones temporales por medio de las cuales la Biblioteca Nacional se realiza como Museo Español del Libro. Este carácter de museo se lo prestan sus valiosas colecciones de manuscritos, impresos antiguos, raros y valiosos, estampas y libros con grabados, dibujos, mapas y partituras musicales, fotografías antiguas y otras formas de comunicación por medio de la imagen y el sonido. Pero no puede quedar fuera del concepto museístico todo el conjunto de obras de cualquier época conservadas en la Biblioteca, incluidas en el artículo 50 de la Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985 como piezas integrantes del Patrimonio Bibliográfico Nacional que hay que proteger.

En las últimas planificaciones de la Biblioteca Nacional se ha pensado en la posibilidad de volver a la exposición permanente de piezas notables con la creación en su seno de un museo del libro para que pueda seguirse por el público interesado la evolución de la comunicación por medio de la escritura. Hay que llamar la atención, sin embargo, sobre el peligro que supone para la conservación de los libros antiguos su exposición ininterrumpida a la acción de la luz, a variaciones imprevisibles de la temperatura ambiental y a la perniciosa influencia de otros agentes depredadores —polvo, contaminación atmosférica—. Una política de exposiciones sucesivas sin solución de continuidad, con renovación periódica de las obras expuestas, serviría para dar a conocer de una manera cíclica el acervo cultural de la Biblioteca, haciendo las veces del Museo que se echa de menos.

Hasta nuestros días, la Biblioteca ha destinado espacios para las exposiciones en el conjunto de sus servicios. No pudo convertirse en realidad —al tener que compartir el edificio con el Museo Arqueológico— el plan concebido en el primer proyecto del palacio que hoy ocupa, en el que se destinaban áreas importantes en torno al ámbito que ocuparía la biblioteca propiamente dicha. Las más antiguas exposiciones fueron celebradas en salas no destinadas al servicio público. Más tarde fueron acondicionadas salas separadas de las áreas de estudio, con acceso independiente, en el ala derecha de la primera planta, compartidas con las oficinas de la Dirección y la Secretaría. En un principio, una gran sala de este sector hacía las veces de Salón de Actos y de Sala de Exposiciones. A esta sala se sumó en 1947, por decisión del Patronato, una contigua hasta entonces destinada a alojar la colección de la Sección de Cervantes, que precisamente en octubre de este mismo año acogió la *I Exposición Bibliográfica Cervantina* para conmemorar el IV Centenario del nacimiento de Don Miguel de Cervantes. Estas dos grandes salas se convirtieron en tres en 1970 con la adición de los espacios que ocupaban la Conserjería General y los despachos de Dirección y Secretaría, constituyendo las principales salas de exposición de la Biblioteca Nacional cono-

cidas como *salas nobles*. En esta remodelación, llevada a cabo durante los años en que fue Director de la Biblioteca Don Guillermo Guastavino, fueron sustituidas antiguas vitrinas por otras diseñadas por los artistas Vaquero Palacios y Vaquero Turcios; la sala tercera conservó las magníficas vitrinas verticales de madera de caoba adosadas a la sala en todo su perímetro y la central de mesa, tal como había quedado en 1947.

Para exposiciones menores —no por la calidad e importancia de su contenido, sino porque la especialización del tema limita el número necesario de piezas para darlo a conocer en profundidad—, fue acondicionado por inspiración de Hipólito Escolar el vestíbulo de acceso a las salas de estudio y en él, con el nombre de *Salón Italiano*, se han celebrado importantes exposiciones, entre ellas *El traductor y su obra* en noviembre de 1982 y una antológica de *Poesía española*. Especialmente ha sido dedicado el Salón Italiano a exponer la obra gráfica de artistas españoles contemporáneos.

Toda la superficie dedicada a exposiciones en la Biblioteca Nacional ha sido superada notablemente con la incorporación en 1986 de las áreas que en la planta baja del edificio, con acceso directo desde el jardín, habían sido en un principio salas de exposiciones del *Museo de Arte Contemporáneo* y después *Salas Picasso*, hasta su traslado al Centro de Arte Reina Sofía. Estas nuevas salas fueron espléndido marco para mostrar al público español el resumen de tres grandes exposiciones bibliográficas que en el transcurso del año 1985 habían llevado más allá de nuestras fronteras una deslumbrante selección de las más importantes piezas del tesoro bibliográfico español: *Tesoros de España*, expuesta en su primera edición en la Biblioteca Pública de Nueva York; *Los Beatos*, reunidos en su totalidad por primera vez para ser mostrados en la Biblioteca Alberto I de Bruselas, y *Reyes Bibliófilos*, resumen de las colecciones bibliográficas reunidas por los reyes a lo largo de la historia de España, también en la Biblioteca Alberto I, una y otra como aportación a la bienal de la cultura europea que es Europalia, ese año dedicada a nuestro país en el pórtico de su ingreso en el Mercado Común.

La Biblioteca ha utilizado además otros espacios para esta forma de actividad. Por ejemplo: locales anejos al Salón de Actos y Fonoteca han dado acogida a exposiciones de corta duración complementarias de actos culturales o de presentación de libros.

Estos han sido los sectores destinados a las exposiciones por la Biblioteca Nacional hasta 1991. El panorama será distinto a partir de 1992, año de puesta en marcha del nuevo esquema funcional en el que se han tenido en cuenta amplias áreas para nuevas salas que sustituirán a las descritas.

La actividad de la Biblioteca en este campo es, en muchas ocasiones, compartida con otras instituciones públicas o privadas. No todas las exposiciones que se celebran en la Biblioteca Nacional son «de la Biblioteca Nacional». Y no son pocas las veces que las que se organizan bajo su exclusiva responsabilidad con materiales seleccionados de sus colecciones se enriquecen con aportaciones ajenas. Por otra parte, instituciones culturales o políticas, embajadas, comisiones creadas para la celebración de centenarios, etc., eligen a la Biblioteca para celebrar exposiciones bibliográficas del más diverso contenido. Y también la Biblioteca saca materiales de su fondo para exhibirlos fuera de su recinto.

Es imposible dar aquí noticia de todas las exposiciones en las que ha participado desde su fundación. Pero no pueden dejar de ser evocadas algunas de las más importantes.

LAS EXPOSICIONES DEL IV CENTENARIO

La publicación de este número del *Boletín ANABAD* dedicado a la Biblioteca Nacional está justificada por dos acontecimientos importantes de la vida cultural española: la utilización en 1892 del edificio que hoy ocupa para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América y la terminación de las obras de remodelación prevista para 1992, dentro del programa de actos preparado para la celebración del V. Estos dos acontecimientos generan otro más: el I Centenario de puesta en servicio del Palacio de Bibliotecas y Museos.

La conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América aceleró las obras de construcción del Palacio para instalar en él dos exposiciones simultáneas como doble homenaje de los pueblos de uno y otro lado del Atlántico al hecho que se conmemoraba: la *Exposición Histórico-Americana* y la *Exposición Histórico-Europea*. La responsabilidad general de la organización recayó en D. Eduardo Saavedra, pronto sustituido por el P. Fidel Fita con quien colaboró D. Juan Catalina García desde su puesto de Subdelegado General de la Histórico-Europea. D. Juan Navarro Reverter, que había asistido como jurado español en la Exposición Universal de Viena en 1873, fue designado Delegado General de la Exposición Histórico-Americana. D. Santos Isasa, Jefe del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios en 1867, funcionario de la Biblioteca Nacional desde 1872 hasta 1875, profesor de la Escuela Superior de Diplomática, y Ministro de Fomento en 1890, fue el responsable de la organización de la Exposición Histórico-Europea. Se establecieron, además, delegaciones en cada uno de los países participantes que colaboraron con los delegados generales desde sus respectivos países. Todos ellos coordinados con una Jun-

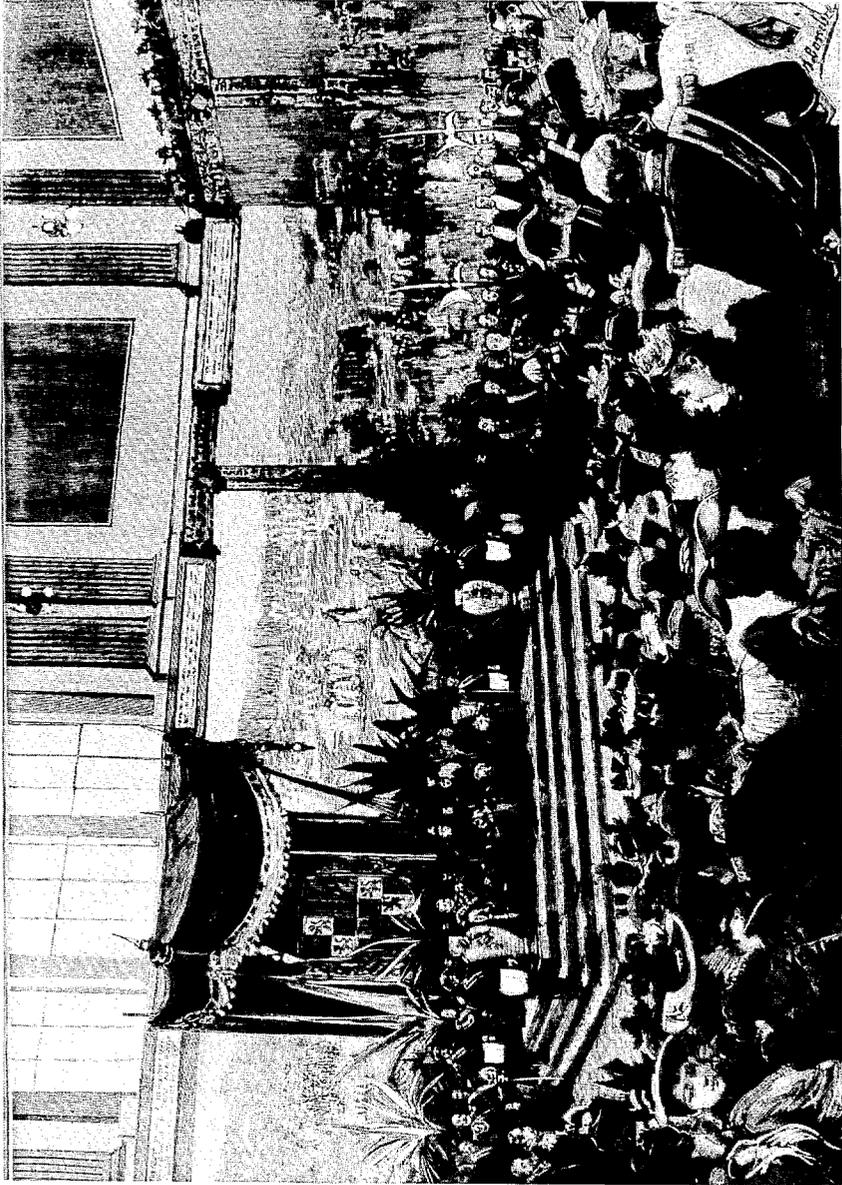
ta Directiva presidida por el Duque de Tetuán, Ministro de Estado, creada para organizar los actos conmemorativos del Centenario de acuerdo con las directrices marcadas por un Real Decreto de 9 de enero de 1891. La terminación del Palacio de Museos y Bibliotecas, sede de las dos exposiciones, fue considerada como uno más de los beneficios permanentes prestados por esta Junta Directiva a la cultura española.

La *Exposición Histórico-Americana* tenía como objetivo reunir y presentar testimonios de las culturas pre y postcolombinas del continente americano conservadas en colecciones americanas o europeas; la *Histórico-Europea*, por su parte, objetos del Viejo Continente que permitieran conocer las influencias mutuas entre las dos culturas. La Casa Real Española, los Ministerios de Marina y de la Guerra, el Museo Arqueológico, la Biblioteca Nacional, la de la Universidad Central, la Real Academia de la Historia; ayuntamientos y cabildos catedráticos y coleccionistas particulares; instituciones de las repúblicas americanas y los Estados Unidos; los archivos vaticanos; Portugal y otros países europeos, contribuyeron al brillo de las exposiciones con el préstamo de piezas únicas de un valor inestimable que nunca más se han vuelto a contemplar juntas. «Preciosidades arqueológicas y etnográficas, todas auténticas, originales, curiosas, instructivas. Cada país ha enviado lo más notable, lo mejor, lo más selecto de cuanto... poseían sus museos, sus asociaciones, sus institutos científicos y sus coleccionadores... En los anchurosos salones del palacio de Recoletos hacen sentir hoy las palpitations de la vida real que tuvieron la América precolombina, la contemporánea de la Conquista y aun buena parte de la postcolombina...»; son palabras entresacadas del discurso inaugural pronunciado por D. Juan Navarro Reverter en presencia de las familias reales de España y de Portugal.

Aunque las exposiciones propiamente dichas ocuparon las dos plantas altas del edificio en su totalidad, los ministerios de Marina y de la Guerra desplegaron en la planta baja una muestra de la evolución del arte naval y militar con modelos de barcos sacados del Museo Naval y piezas de armamento aportadas por los museos del ejército.

La *Exposición Histórico-Americana* estuvo instalada en la planta entresuelo distribuida en tres secciones principales, cada una de ellas dividida en subsecciones: *Prehistoria o Protohistoria americana*, *Tiempos precolombinos y colombinos conocidamente históricos* y *Época postcolombina*, y, ocupando el centro de la planta, *Material científico del descubrimiento de Colón* (objetos que habían pertenecido al Almirante y a sus compañeros en el descubrimiento).

La *Exposición Histórico-Europea* ofrecía en la planta alta, a través de veintisiete salas, una muestra representativa de la cultura del Viejo Continente en el momento del Descubrimiento. La arqueología y el arte convivían en la exposición con los testimonios escritos — documentos y li-



Sesión regia inaugural de las EXPOSICIONES HISTÓRICO-AMERICANA e HISTÓRICO-EUROPEA. 1892.

bros—. En ellas se exponían las colecciones prestadas sin separar las piezas integrantes. «Junto a curiosísimos monumentos de cerámica, etnografía e indumentaria americana se ven los productos del arte europeo, lo mismo en material de imprenta y diplomática que en pintura y orfebrería. Coranes y libros de rezo preciosamente iluminados aparecen junto a góticos incensarios o raros libros de historia y heráldica española» (Juan Catalina García, *Reseña General* publicada en *El Liberal* de 30 de octubre de 1892).

La presencia de libros en la Exposición Histórico-Europea fue especialmente celebrada por los cronistas del acontecimiento. El Monasterio de El Escorial presentaba, entre otras preciosidades bibliográficas, el Códice de las *Cantigas de Santa María*; el Palacio Real, el *Libro de la Montería* de Alfonso XI y el *Libro de Horas* de D.^a Juana Enríquez. Pero fue especialmente valiosa la rica selección presentada por la Biblioteca Nacional compuesta por 520 obras cumbre de la producción libraria española: 72 estampas elegidas por D. Ángel Barcia, 161 manuscritos y 287 obras impresas ofrecían una muestra antológica de la cultura española de los siglos XIV al XVII.

Lo que fueron las dos exposiciones está recogido en los catálogos particulares publicados por cada uno de los países que participaron en la Exposición Hispano-Americana y en el Catálogo General de la Exposición Histórico-Europea.

OTRAS EXPOSICIONES CONMEMORATIVAS

En la misma línea de conmemoraciones celebradas en la Biblioteca con responsabilidades ajenas, pero con aportación de materiales propios dentro de una selección antológica de tesoros de otras colecciones, figuran otras exposiciones entre las que destacan la *Exposición Histórica del Libro* y la *Exposición Antológica del Tesoro Documental, Bibliográfico y Arqueológico de España*. Otras exposiciones conmemorativas celebradas en la Biblioteca Nacional con participación mixta en la organización se comentarán en otros apartados de este trabajo.

La *Exposición Histórica del Libro: Un Milenio del Libro Español* fue montada como homenaje a los participantes en el I Congreso Ibero-Americano y Filipino de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual que congregó en Madrid a los más destacados profesionales del mundo ibérico en el otoño de 1952. La Exposición ocupó un lugar importante en un conjunto de acontecimientos complementarios de las reuniones de trabajo en el marco de la Biblioteca: la *Exposición Antológica del Grabado Español*, la de *Ex-Libris* por las sociedades Ex-libristas Ibéricos y de Ex-libristas Catala-

nes y Valencianos, la de *Ilustradores Modernos de Libros* por la Sociedad de Dibujantes Españoles y la *Exposición Cartográfica Medieval y de la Escuela Mallorquina* por la Sociedad Geográfica Española, además de la *I Trienal Hispano-Americana del Libro*. La Comisión organizadora del Congreso, presidida por D. Francisco Sintés Obrador, fue también coordinadora de las exposiciones. La del *Milenio* fue gestionada por una comisión presidida por D. Luis Morales Oliver, Director de la Biblioteca Nacional, de la que formaban parte como vocales D. Benito Fuentes Isla, Director del Archivo Histórico Nacional, D.^a Matilde López Serrano, de la Biblioteca de Palacio, y D. Francisco Tolsada, Secretario de la Junta de Adquisición de Libros. En ella participaron las principales instituciones culturales españolas (Patrimonio Nacional, Reales Academias, centros dependientes de las direcciones generales de Archivos y Bibliotecas y de Bellas Artes, museos diocesanos y cabildos catedralicios) e importantes coleccionistas privados, entre ellos la Casa de Alba. Todas ellas aportaron valiosas piezas que se unieron al número de obras seleccionadas por la Biblioteca Nacional, base de la Exposición. La *Guía del visitante* redactada por Matilde López Serrano y Francisco Tolsada —lástima que no llegase a ser publicado el catálogo extenso que en ella se prometía— es fiel reflejo de la importancia de la muestra. Se expusieron 954 piezas —734 de la Biblioteca Nacional— que llenaron las seis salas de la fachada frontal del edificio, dispuestas en orden cronológico, estableciendo grupos históricos de cierta afinidad cultural, con dedicación de secciones especiales a las ediciones más importantes de los clásicos (primeras y raras) y a códices e impresos de Hispanoamérica, con presencia de la importante colección de la Biblioteca de Palacio. En las cuatro salas primeras podía seguirse ordenadamente la evolución del libro español desde la *Biblia Mozárabe* de 920 de la Catedral de León —el libro más antiguo de los expuestos— hasta el siglo XIX, en sus formas manuscrita e impresa y con ejemplos de encuadernaciones. En la sala V se reunió una importante selección de ediciones de bibliófilo y en la VI se exhibían las colecciones de ex-libris.

La Biblioteca, a través de su Sección de Bellas Artes, presentó la *Exposición Antológica del Grabado Español* para la que fueron seleccionadas 198 estampas de 95 artistas españoles que hicieron su obra desde el siglo XV hasta el XIX, reseñadas por Elena Páez en un catálogo aparte. Y la Sociedad de Amigos del Arte —entonces en la planta baja del edificio— presó sus salas para la *Exposición de Ilustradores Modernos de Libros*.

También los participantes de Ultramar ofrecieron la *I Trienal Hispano-americana del Libro* en el vestíbulo de acceso a las salas de lectura —«patio de las estatuas»— donde fueron expuestos en estanterías y vitrinas unos diez mil volúmenes de diecinueve países, publicados entre 1939 y 1952.

La conmemoración del I Centenario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, estuvo acompañada de una serie de actos y publicaciones entre los que la *Exposición Antológica del Tesoro Documental, Bibliográfico y Arqueológico* de España destacó con brillo propio por la riqueza de los materiales exhibidos. Con esta Exposición se pretendía llamar la atención sobre la importancia de las colecciones conservadas en los archivos, bibliotecas y museos arqueológicos de nuestro país para cuya custodia, ordenación, descripción y servicio habían sido creadas estas categorías profesionales en 1858. La celebración de los actos conmemorativos estuvo centralizada en la Dirección General de Archivos y Bibliotecas que creó una comisión organizadora responsable de la Exposición presidida por D. Antonio Matilla Tascón. La Exposición abrió sus puertas en la Biblioteca Nacional el día 21 de marzo de 1958 para ser clausurada el 30 de mayo. Las 603 piezas expuestas, casi en su totalidad obras representativas de la cultura española —en la selección de estampas se tuvieron en cuenta artistas de otras nacionalidades—, ocuparon cinco salas en sucesión cronológica. Los objetos arqueológicos y artísticos alternaban con los documentos y los libros; encuadernaciones, dibujos y grabados, tapices, tuvieron su sitio en el conjunto de obras expuestas. La Prehistoria española, la Edad Media, los Reyes Católicos, los Austrias y los Borbones fueron los centros de interés determinantes de la distribución de las piezas. La Biblioteca Nacional aportó 217 obras —los dos *Beatos*, el *Codicilo* de Isabel la Católica, la *Biblia Pauperum*, el *Códice Durán*, autógrafos de los clásicos, la *Biblia* de Amberes, el *Salustio* de Ibarra., además de 21 encuadernaciones de los siglos XII a XIX, 36 grabados de los siglos XV al XIX y 5 dibujos. El contenido de la Exposición está recogido en el *Catálogo* publicado en 1959.

En 1977 Cataluña tomó prestadas las Salas Nobles para ofrecer la *Exposición Nacional Conmemorativa del VII Centenario de Jaime I el Conquistador*, que venía precedida de muestras equivalentes presentadas en Montpellier, Barcelona, Zaragoza y Valencia. La organización correspondió a la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural y estaba encuadrada en los actos celebrados en honor del Rey catalano-aragonés iniciados en el Monasterio de Poblet y clausurados en la ciudad de Valencia. Documentos, textos legislativos —fueros, repartimientos—, crónicas, objetos personales y artísticos, se reunieron para recomponer la biografía del gran monarca, sus campañas militares y la política interior y exterior de su reinado. El valor testimonial de las piezas originales, reunidas con el concurso del Archivo de la Corona de Aragón y del Histórico Nacional, las Bibliotecas de Cataluña y Universitaria de Barcelona, el Monasterio de Poblet y otras instituciones civiles y religiosas del antiguo Reino,

y de las Bibliotecas Nacional y del Monasterio de El Escorial, estuvo complementado con materiales gráficos —árboles genealógicos y mapas territoriales y de la expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo—. El *Llibre dels Feits* autobiográfico, en códice de 1343 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, los *Furs* de Valencia, en dos manuscritos del siglo XIV, y el *Rollo de Poblet*, con la genealogía de los reyes de Cataluña y Aragón, destacaban entre las piezas más importantes. La Virgen de la Victoria, talla del siglo XIII que según la tradición acompañó a Jaime I en sus campañas militares, el escudo y la espada, pinturas murales del primitivo sepulcro del Monarca destruido en el asalto de Poblet en 1835 y frescos de finales del siglo XIII con escenas de la conquista de Mallorca complementaron con su mérito arqueológico y artístico una documentada y bella exposición coordinada por Federico Udina Martorell.

La última gran exposición conmemorativa ha sido *El Escorial en la Biblioteca Nacional* (diciembre 1985-enero 1986), organizada por el Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro y Bibliotecas como aportación a las actividades conmemorativas del IV Centenario de la terminación de las obras de construcción del Monasterio. Destacados especialistas colaboraron con Elena Santiago Páez en la preparación de la Exposición y en la redacción del Catálogo impreso. Las cerca de 841 obras descritas —relacionadas con el Monasterio o con los principios arquitectónicos en los que se inspiró su edificación— forman parte casi en su totalidad del fondo de la Biblioteca, aunque también prestaron obras fundamentales otras bibliotecas españolas y colecciones de Bélgica, Portugal y Francia.

LOS ESCRITORES

En el capítulo de los centenarios forman grupo aparte los dedicados a los grandes escritores peninsulares conmemorados con exposiciones instaladas en la Biblioteca, unas veces organizadas por comisiones nacionales o en colaboración con otras entidades culturales, otras obra de su exclusiva iniciativa.

La figura literaria más homenajeada ha sido Don Miguel de Cervantes Saavedra y su obra principal *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

En el año 1905 fue instalada en la Biblioteca la *Exposición Conmemorativa del III Centenario de la publicación del Quijote*. Incluida entre los actos organizados por el Ministerio de Fomento para la celebración de esta efemérides tuvo carácter de exposición artística y bibliográfica: pinturas, tapices y estampas de diversas procedencias acompañaban en las salas a

los libros. Entre los materiales prestados por el Patrimonio Real figuraba una serie de cinco tapices gobelinos, propiedad particular de S. M. el Rey y de sus hermanas las infantas. Todo el material ocupó tres grandes salas: la primera, de pinturas, dibujos y grabados; en la segunda, la reconstrucción de la Biblioteca de Don Quijote en ocho vitrinas estuvo decorada con tapices del Real Patrimonio, cuadros de Moreno Carbonero y una colección de dibujos originales —propiedad de la Biblioteca Nacional— concebidos para ilustrar ediciones del Quijote, y la tercera contenía en orden cronológico ejemplares de las 461 ediciones que entonces poseía la Biblioteca de la obra objeto de homenaje en dieciséis vitrinas con un fondo de estampas con representaciones alusivas al texto, además de los tapices de la familia real, bustos de Cervantes, cuadros y otros objetos artísticos. El *Catálogo* impreso de la Exposición sigue siendo una pieza fundamental de la bibliografía cervantina. El artículo de D. Ángel Barcia publicado en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos para dar noticia de la Exposición contiene una descripción detallada de la misma.

La *Exposición Cervantina para conmemorar el CCCXXX aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes*, inaugurada con motivo de la Fiesta del Libro de 1946, fue un anticipo a la celebración del IV Centenario de su nacimiento que se cumpliría el año siguiente. Junto a obras de Cervantes propiedad de la Biblioteca fue expuesta una selección de ediciones del Quijote de la colección cervantina reunida en Barcelona por D. Juan Sedó —adquirida posteriormente por la Biblioteca—, una segunda reconstrucción de lo que pudo haber sido la Biblioteca de Don Quijote, una sección dedicada a la música en la época de Cervantes con fondos de la Biblioteca Nacional (obras de Milán, Narváez, Venegas, Cabezón, etc.), además de abundante material complementario —autógrafos, gráficos, tapices—.

El *IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes* fue conmemorado bajo los auspicios del Patronato Nacional nombrado para su celebración con dos exposiciones bibliográficas: la *Primera Exposición Bibliográfica Cervantina* en octubre de 1947, y la *Segunda Exposición* en abril de 1948, una y otra con publicación de extensos catálogos. La *Primera*, ideada para dar a conocer la importancia de la Sección de Cervantes —en nuestros días la más completa colección cervantina del mundo—, unió a la bibliografía aportada por la Biblioteca una colección de documentos y parte de la Biblioteca Musical del Ayuntamiento de Madrid. En la *Segunda* participaron con la Nacional las bibliotecas públicas españolas y algunas colecciones privadas. En ella se dedicó una sección especial a los artículos publicados en periódicos y revistas sobre Cervantes y su obra.

La adquisición de la colección Sedó por la Biblioteca Nacional en febrero de 1968 suministró el material suficiente para la celebración de la

Fiesta del Libro de este mismo año con una selección que se expuso en la última de las salas de exposiciones —conocida como la «sala de caoba» por el material de las vitrinas—, precedida en la sala primera por unas 400 láminas inspiradas en las figuras de Don Quijote y Sancho, obra de alumnos de institutos y colegios de enseñanza media.

Como en la anterior, toda la bibliografía expuesta en la exposición *Don Quijote lector*, montada para celebrar la Fiesta del Libro en 1967, pertenecía a la Biblioteca Nacional. Las obras seleccionadas se reunieron en dos apartados: *El Personaje* —ejemplares de la obra desde la príncipe de 1605, interpretaciones literarias del personaje por otros escritores y bibliografía cervantina— y *Sus lecturas*, seleccionadas sobre la base del Capítulo I, del VI —«Del escrutinio que el cura y el barbero hicieron»— y de las alusiones literarias hechas por el propio personaje en sus discursos, representadas en ediciones de la época en que se escribió la obra.

Por último, en junio de 1978, una exposición antológica de ediciones del Quijote desde la príncipe hasta nuestros días fue ofrecida por la Biblioteca Nacional a los participantes en el I Congreso Internacional sobre Cervantes celebrado en dicho año.

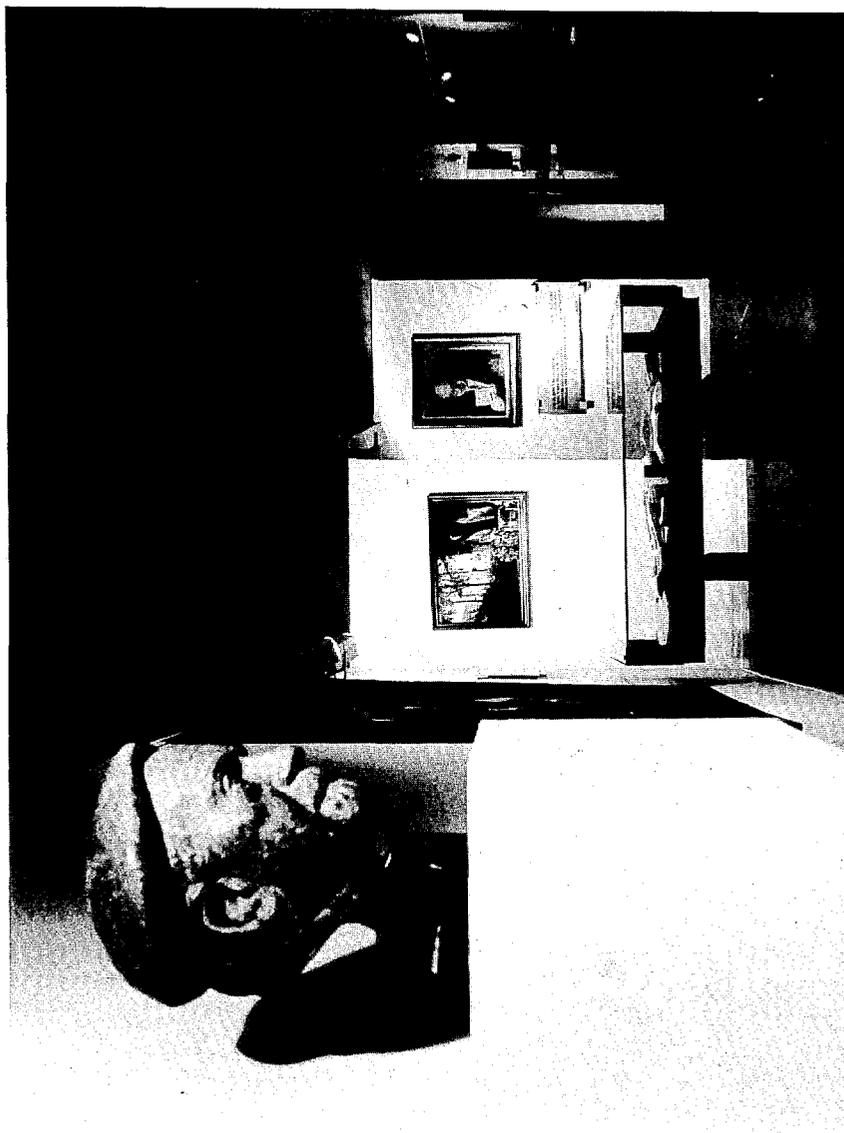
Ediciones del Quijote ilustradas por Dalí y Miciano en 1958, e *Ilustraciones del Quijote*, en 1964, son, entre otras, muestras de interpretaciones gráficas del personaje inmortal.

La figura de Lope de Vega ha sido evocada en dos exposiciones por la Biblioteca Nacional: la primera, organizada para conmemorar el III Centenario de su muerte en 1935; la segunda, en 1962, en el IV Centenario de su nacimiento. La primera exposición había sido prevista como celebración particular de la Biblioteca con fondos propios por acuerdo de su Patronato antes de que fuese creada la Junta para la celebración de la efeméride a escala nacional. La exposición concebida por la Biblioteca iba a mostrar la colección de autógrafos de Lope y otros manuscritos de sus obras. Cuando la Junta del Centenario inició sus trabajos incluyó en el plan general de actos conmemorativos una magna exposición de contenido nacional e internacional que englobaba la que la Nacional tenía preparada. La Real Academia Española y la de la Historia; la Biblioteca de la Universidad de Madrid, la Municipal, la de Palacio, el Archivo Histórico Nacional, prestaron manuscritos originales, copias antiguas y ediciones raras de gran valor; el Institut d'Estudis Catalans, la Sociedad de Bibliófilos Españoles, bibliófilos como el Duque de Alba, D. Agustín González de Amezúa, D. Joaquín de Entrambasaguas, etc., aportaron materiales interesantes; bibliotecas de Bolonia, Boston y Londres también prestaron su colaboración. Todo el material expuesto fue distribuido en dos grandes secciones, manuscritos e impresos. Fueron expuestas 955 obras: 280 manuscritos y 675 impresos. La Biblioteca aportó 31

autógrafos y 215 copias manuscritas y 630 impresos. El catálogo que se publicó, prologado por D. Miguel Artigas, Director de la Biblioteca, constituye todavía hoy un instrumento de consulta imprescindible para el conocimiento de la producción literaria de Lope de Vega y de sus ediciones hasta la fecha de la conmemoración. En la Exposición de 1962, conmemorativa del IV Centenario de su nacimiento, se siguieron las pautas establecidas en la muestra de 1935. La ornamentación complementaria fue especialmente cuidada en esta ocasión: los grabados ocuparon un lugar destacado junto al material bibliográfico; fueron expuestos los dibujos originales de Gregorio Prieto para la edición de *El Galán de la Membrilla* preparada por Joaquín de Entrambasaguas, figurines de M. Comba y material ilustrativo de ambientes madrileños. El Museo Lázaro Galdiano prestó el retrato de Lope de Vega, de Caxes, y la Casa de Lope de Vega el de su mujer Marcela.

La figura de San Juan de la Cruz y su obra fueron recordadas en la exposición del IV Centenario de su nacimiento en los días finales de 1942 y primeros del 43. Los libros expuestos están descritos en la obra del P. Matías del Niño Jesús, *La bibliografía de San Juan de la Cruz en la Exposición de la Biblioteca Nacional* (Madrid, 1943).

Con ocasión del V Centenario de la muerte del Marqués de Santillana (1398-1458), la Biblioteca abrió sus puertas a la Exposición de *La Biblioteca de los Mendoza del Infantado en el siglo XV*, auspiciada por el Patronato Menéndez Pelayo del CSIC y el Instituto Italiano de Cultura, que no logró ser la reconstrucción exclusiva de la Biblioteca del Marqués. Más ceñida a la bibliofilia de D. Íñigo López de Mendoza consiguió ser la exposición *La Biblioteca del Marqués de Santillana* de febrero de 1977. El catálogo fue publicado con el título de *Los libros del Marqués de Santillana*, entendiéndose por «libros del Marqués» no sólo los de su uso personal, sino también los por él escritos y los libros de sus coetáneos —Gómez Manrique, Fernando del Pulgar, Pedro Díaz de Toledo, entre otros hombres de letras— que lo evocaban en sus semblanzas. Siempre habría sido buena ocasión para exhibir la Biblioteca de D. Íñigo López de Mendoza, espejo en el que se refleja la imagen perfecta de un humanista del siglo XV, recompuesta con precisión en el estudio de Mario Schiff publicado en París en 1905. La Biblioteca Nacional tiene la suerte de ser depositaria de esta colección de libros desde 1884, fecha en la que fue adquirida por el Estado con los fondos de la colección Osuna. Los textos manuscritos fueron las piezas más interesantes de la Exposición —cuando murió el Marqués la imprenta no había salido de Maguncia— con obras de escritores y humanistas italianos —Leonardo Bruni, Dante, Petrarca, Boccaccio— a las que se unían los historiadores españoles —Grande e General Estoria, por ejemplo—, y de otros autores, incluidos franceses, en copias de



Un aspecto de BAROJA: VIDA Y OBRA. 1972.

los siglos XIV y XV ornamentadas con finas orlas con las armas del Marqués. Los documentos de interés biográfico ocuparon un buen espacio. Fue muy completa la sección dedicada a los impresos, especialmente rica en las ediciones de sus obras, desde las incunables de los Proverbios, y en la parte de los estudios dedicados al Marqués de Santillana.

En 1961 fueron recordados en sendas exposiciones Luis de Góngora, con motivo del IV Centenario de su nacimiento, con la muestra titulada *Góngora y la literatura culta de su época*, y Leandro Fernández de Moratín, con una selección de escritos y recuerdos expuestos bajo el título de *En torno a Moratín* en el II Centenario de su nacimiento. El I Centenario de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer fue también conmemorado en 1970, con una exposición en la que, junto a los libros, se reunieron objetos relacionados con su biografía.

Otros centenarios que tuvieron repercusión en la Biblioteca Nacional con importantes exposiciones fueron el de Pío Baroja —*Baroja: Vida y obra (1872-1972)*— y el de Manuel y Antonio Machado —*Los Hermanos Machado*—. La documentación expuesta en estas dos conmemoraciones fue copiosa, gracias a la participación de instituciones y particulares. Los materiales complementarios ilustrativos y explicativos fueron abundantes, pero no fueron acompañados de la publicación del catálogo que hubiera dejado testimonio de su importancia.

La exposición *Baroja: vida y obra* fue inaugurada el 28 de diciembre de 1972 y clausurada un mes después. La colaboración de la familia Caro-Baroja y aportaciones de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de artistas y de coleccionistas particulares hicieron posible recrear los ambientes que habían servido de fondo a la vida de D. Pío: Vera de Bidasoa como escenario de su infancia nunca olvidada y el Madrid auténtico que prestó a sus novelas paisajes y personajes. Documentos y fotografías, biografías y homenajes en las vitrinas, y la iconografía que decoraba los muros recomponían la vida de Baroja en la sala I. La obra de Baroja llenaba la sala II, bajo los epígrafes *La tierra en que se nace* —para las obras vinculadas a su tierra natal— y *Madrid como balcón* —con los manuscritos inéditos de *Saturnales* entre otras novelas de temática madrileña— *El mundo barojiano* —producción sin conexión con lo vasco, lo madrileño ni lo nacional— y *Baroja visto por los críticos* en libros y revistas, completaban la visión de la personalidad de Baroja en la sala III. Cuadros y grabados de su hermano Ricardo, el Madrid de Eduardo Vicente, acompañaron al material bibliográfico evocando en el espectador ambientes y caracteres.

En *Los Hermanos Machado* se ofrecía un homenaje común a Manuel y Antonio, los dos nacidos en Sevilla con menos de un año de diferencia, el primero el 29 de agosto de 1874, el segundo el 26 de julio de 1875.

También esta exposición, como la dedicada a Baroja en 1972, fue biobibliográfica. A los impresos sacados de los fondos de la Biblioteca se sumaron autógrafos, documentos biográficos, fotografías, figurines creados para la representación de sus obras dramáticas, prestados por el Ayuntamiento de Madrid, el Museo Español de Arte Contemporáneo, la Institución Fernán González de la Diputación de Burgos, el Archivo del Ministerio de Educación y Ciencia, la Biblioteca Pública de Sevilla, y destacadas personalidades del mundo de la cultura que prestaron su colaboración desinteresada. Materiales biográficos e iconográficos; autógrafos, ediciones y estudios críticos de la producción machadiana, y la producción teatral firmada por los dos hermanos fueron los tres bloques distribuidos en las tres salas de exposiciones. La ausencia de catálogo fue suplida con creces por la Biblioteca con la redacción de la *Bibliografía Machadiana (Bibliografía para un centenario)* publicada en 1976, dirigida por Manuel Carrión —también alma y motor de la Exposición, como de la de Baroja— en cuya redacción colaboró todo el personal que había tomado parte en la selección de obras y en el montaje.

El tercer centenario del fallecimiento de D. Pedro Calderón de la Barca fue conmemorado en julio de 1981 con una exposición sobre su vida, su obra y su época, con dedicación especial al teatro barroco. A los copiosos materiales bibliográficos y artísticos entresacados del fondo de la Biblioteca se sumaron los prestados por instituciones del Estado y eclesiásticas y por particulares. Especialmente notable fue la aportación visual de la *Tarasca* del Ayuntamiento de Madrid, antiguamente presente en la procesión del Corpus. A la celebración del centenario calderoniano la Biblioteca contribuyó, además, con la edición facsímil del auto sacramental *El divino cazador*, autógrafo localizado en la Sección de Manuscritos por su jefe, Manuel Sánchez Mariana. Lamentablemente no ha quedado catálogo impreso de esta Exposición, en la que se reunieron tantos y tan valiosos materiales de la época calderoniana.

La mujer escritora no podía ser olvidada en el cuadro de exposiciones bibliográficas dedicadas a los autores españoles. Alrededor de 1.500 obras, fruto de plumas femeninas, fueron presentadas en la *Exposición del Libro Femenino Español de Ayer y de Hoy* en una muestra colectiva exhibida en junio de 1955. Desde la Monja Egeria con su *Peregrinatio ad Loca Sancta*, hasta Concha Espina, pasando por Santa Teresa, María de Zayas, D.^a Emilia Pardo Bazán y otras prestigiosas escritoras, llenaron con sus obras dos salas de la Biblioteca.

Las grandes figuras literarias de otros países no han estado ausentes de las vitrinas de la Biblioteca Nacional. Las embajadas e institutos culturales con sede en Madrid han promovido exposiciones de la obra de

sus escritores más importantes: se dedicaron exposiciones a Rabindranath Tagore en 1962, Shakespeare en 1965 y Molière en 1973.

Razones culturales e históricas justifican que Camoens haya sido celebrado con dos exposiciones en la Biblioteca Nacional. Camoens es para la literatura portuguesa lo que Cervantes para la nuestra, y los dos son señera de la literatura peninsular: «Donde acaban Os Lusíadas comienza el Quijote», escribió Ramiro de Maeztu. Os Lusíadas fue leído en España en ediciones originales desde su publicación en 1572 y en épocas en que los dos países estaban regidos por la misma Corona; en 1639 el impresor madrileño Juan Sánchez publicó la famosa traducción comentada por Manuel de Faria e Sousa, reivindicador del título de «príncipe de los poetas de España» para Camoens, mérito ganado por el autor por haber cultivado con soltura el verso en castellano.

La primera exposición dedicada al poeta lusitano conmemoraba el IV Centenario de su nacimiento y fue inaugurada el 18 de diciembre de 1924. D. Francisco Rodríguez Marín pronunció un discurso en el acto inaugural en presencia de los reyes. La sala donde estuvo montada la exposición, de paso a las actuales secciones especiales, conservó durante mucho tiempo el nombre de «Sala de Camoens».

En 1972, la Fundación Calouste Gulbenkian con la Biblioteca Nacional celebraron el IV Centenario de Os Lusíadas con una exposición bibliográfica e iconográfica que permaneció abierta al público en las Salas Nobles desde el 21 de noviembre hasta el 10 de diciembre. Las colecciones aportadas por la Fundación Gulbenkian y por la Biblioteca Nacional de Madrid formaron el núcleo principal de las obras expuestas, completado con préstamos de las bibliotecas nacionales de París y Lisboa, de la Sorbona y de otras instituciones relacionadas con la Fundación. Se consiguió presentar un amplio panorama de manuscritos y ediciones de la obra, su influencia y proyección, y la proyección de Os Lusíadas en la producción literaria posterior de Portugal y España. El catálogo es una completísima bibliografía comentada en el que su autor, Antonio Coimbra Martins, coordinador de la Exposición por la Fundación Gulbenkian, describe 995 ejemplares —no todos expuestos— de obras de Camoens y de autores coetáneos.

LOS GRANDES TEMAS

En 1954 la Biblioteca abrió sus puertas a una magna exposición de carácter monográfico: la *Exposición Bibliográfica Militar*, promovida por D. Francisco Sintés Obrador, Director General procedente del Ejército. Los fondos de la Biblioteca Nacional sobre la materia fueron incrementados

con préstamos de los archivos Histórico Nacional, de Simancas y de Indias, de las bibliotecas de la Academia de la Historia y de Cataluña, y del Museo de América. Fueron también importantes las aportaciones del Patrimonio Nacional —colección de tapices sobre la Conquista de Túnez por Carlos V, nunca antes sacados de Palacio—, de la Casa de Alba —armadura del Gran Duque—, cuadros de temática militar procedentes del Museo del Prado y piezas de armamento y objetos de arte del Museo Lázaro Galdiano. Los manuscritos y los documentos llenaron dos salas de las siete que ocupó la Exposición. Piezas de excepción fueron el manuscrito original del *Poema del Cid*, por entonces propiedad de D. Roque Pidal, y el *Triunfo de Maximiliano*, manuscrito miniado ingresado en la Biblioteca Nacional con la biblioteca particular de Felipe V. Los ochenta y siete folios en los que se despliega con brillantez el solemne cortejo del Emperador Maximiliano I y la familia imperial fueron montados entre cristales en el centro de las salas iluminándolas con su colorido. En las salas III y IV, grupos de libros sobre la conquista de América —entre ellos las *Relaciones* de Hernán Cortés—, impresos de contenido militar desde la invención de la imprenta, obras sobre los distintos ejércitos y una sección especial dedicada a las armas y las letras. La sala V estuvo destinada a la Cartografía, la VI a la Historia Militar de España y la VII al arte y la técnica militar en el grabado.

A finales del año 1967, el Servicio Histórico Militar organizó otra exposición con fondos propios, entre los que figuró la famosa «Colección del Fraile», especializada en la Guerra de la Independencia.

La Biblioteca Nacional se sumó en 1954 a los actos organizados con motivo del Año Mariano, de conmemoración universal, convocado por la Iglesia Católica. La *Exposición Bibliográfica Mariana* reunió 1.154 obras de contenido teológico e histórico y de carácter literario y artístico sobre la Virgen María: 97 manuscritos, una rica colección de libros y materiales gráficos entre los que se podían contemplar 34 incunables y 215 estampas grabadas, litografías y dibujos, a los que se unió la colección particular de estampas populares reunidas por D. Florentino Zamora, bibliotecario de la Nacional. El catálogo, en dos volúmenes, es una auténtica bibliografía del tema mariano en la literatura española a través de los tiempos.

Para inaugurar en 1971 la ampliación y remodelación de las Salas de Exposiciones se eligió el día dedicado a la Fiesta del Libro y como tema el libro de los libros, la Biblia, cuando aún no se habían desvanecido los ecos del cuarto centenario de la publicación de la Biblia Políglota de Arias Montano. *La Biblia en España (Del Beato a Dalí)* no era una exposición de libros ilustrados, como podría desprenderse de su título, sino de manuscritos y ediciones de los siglos X al XX, de obras literarias —especialmen-

te dramáticas— inspiradas en las Sagradas Escrituras y de tratados de exégesis bíblica. Junto a los *Beatos* y biblias manuscritas medievales, las ediciones ilustradas del *Apocalipsis*, la *Biblia* y el *Pater Noster* de Dalí, y una selección de grabados españoles de tema bíblico; la *Biblia Pauperum* (impreso xilográfico de ca. 1450), la *Biblia de 48 líneas* (Maguncia, 1462), las *Políglotas* complutense y de Amberes, las primeras traducciones castellanas —*Biblia de Alba* (siglo XIV) en edición facsímil, Biblias de Ferrara, de Casiodoro Reina y de Cipriano de Valera, las versiones de Scío de San Miguel y de Torres Amat— fueron expuestas con otras ediciones antiguas y modernas. Archivos y museos españoles, cabildos catedralicios, la Real Academia de la Historia, las bibliotecas universitarias de Santiago de Compostela y de Valladolid, así como la Comunidad Israelita de Madrid, las Sociedades Bíblicas Unidas y la Casa de la Biblia contribuyeron con sus prestaciones a aumentar el valor documental de la muestra.

Los Beatos han sido el tema de dos exposiciones monográficas; la primera, ofrecida por la Biblioteca al Simposio para el Estudio de los Códices del Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana, promovido por la Fundación Europea de la Cultura en 1976. Fueron mostrados en esta ocasión todos los códices conservados en colecciones españolas, incluidos los conocidos por hojas sueltas: en total dieciocho copias del Comentario de Beato. Base de la Exposición fue *El Comentario de Beato al Apocalipsis: catálogo de los códices* por Anscario Mundó y Manuel Sánchez Mariana, redactado para esta ocasión, en el que están descritos los manuscritos de la obra conservados en colecciones europeas y americanas. La segunda exposición fue repetición en 1986 de la que había formado parte de las muestras bibliográficas que llevó España a los actos organizados dentro del marco de Europalia 1985, con ausencia de algunas de las piezas.

Libros antiguos y modernos escritos sobre España fueron presentados para conmemorar la Fiesta del Libro de 1975 en la exposición *España en sus libros*. La bibliografía antigua fue seleccionada del fondo de la Biblioteca y bajo el epígrafe «Ayer» se exhibieron en orden cronológico, desde la Edad Media hasta nuestros días, las obras más notables, manuscritas e impresas, que han transmitido el conocimiento de nuestra patria. En la segunda sección, titulada «Hoy», una colección de impresos modernos prestada por las editoriales españolas a través del INLE ofrecía un interesante panorama sobre nuestra tierra, sus hombres, su historia y su cultura.

Antología Bibliográfica de la Cultura Española volvía en 1977 al tema inagotable de España —en la Fiesta del Libro— para ilustrar hechos culturales hispanos con los más bellos libros de la Biblioteca, elegidos en torno a hombres y acontecimientos: San Isidoro de Sevilla, el Cid, Alfonso

X el Sabio, el Arcipreste de Hita, el Humanismo en España, el Descubrimiento de América, Cervantes y el Quijote, el Barroco español, Jovellanos y Galdós y el siglo XIX fueron la urdimbre sobre la que se tejió el tapiz histórico-cultural hispánico desde la Edad Media hasta el siglo XIX.

Con la ciencia como tema abrió sus salas el 23 de abril de 1965 a la exposición *Fondos científicos antiguos de la Biblioteca Nacional* para presentar al público una selección de manuscritos e impresos de los siglos XIV a XVII en homenaje al Profesor Lora Tamayo, eminente hombre de ciencia, Ministro de Educación. *La investigación científica universitaria en el umbral de 1973* ofrecía un nutrido panorama bibliográfico y documental descrito con minuciosidad en un extenso catálogo. Por último, *La ciencia en la España de los Austrias* vuelve a ofrecer en 1976 una visión histórica del conocimiento científico español en los siglos XVI y XVII con una meditada selección de 216 obras impresas y manuscritas supervisada por el historiador de la ciencia española D. José María López Piñero. La descripción en el Catálogo de los materiales integrantes de cada uno de los diez grupos científicos que sirvieron de base para la ordenación de las piezas expuestas —establecidos de acuerdo con el estado de los conocimientos en esos siglos— va precedida de introducciones históricas redactadas por especialistas.

Pocas veces el libro —por su materialidad, no por su contenido— ha merecido ser expuesto en la Biblioteca Nacional. La exposición del *Milenio del Libro Español* en 1952 ya ha sido comentada. La que se celebró sobre los primeros impresos no hizo mucho ruido en la vida cultural madrileña: la *Exposición conmemorativa de la invención de la imprenta* se presentó a destiempo, en 1969, un año después del centenario de la muerte de Gutenberg que se supone ocurrida en 1468. Dirigida por Justo García Morales, se tocaron en ella todos los problemas relativos a las protoimpresiones en las dos salas entonces destinadas a exposiciones. Los orígenes de la imprenta, las características de los incunables, la difusión del arte de imprimir en Alemania y en Europa, la introducción de la imprenta en España y las imprentas incunables españolas fueron cuestiones ilustradas con ejemplares seleccionados del fondo de la Biblioteca y con gráficos y mapas informativos.

El libro como personaje volvió a asomarse a las vitrinas en *El libro paso a paso*, exposición ofrecida en 1972, declarado por la Unesco Año Internacional del Libro. Esta exposición fue una manifestación nacional en favor de la difusión del libro y la lectura promovida por el Ministerio de Educación Nacional, tramitada por la Dirección General de Archivos y Bibliotecas y hecha cuerpo por la Biblioteca Nacional. De «balcón español al mundo del libro» fue calificada por Manuel Carrión en la guía redactada para su presentación. El Museo Arqueológico Nacional, el de Amé-



Vista parcial de EL LIBRO PASO A PASO. 1972.



Sector dedicado a los Bibliófilos en EL LIBRO PASO A PASO.

rica, la Calcografía Nacional, el INLE, la Escuela Nacional de Artes Gráficas y destacados profesionales de la edición aportaron materiales originales a una muestra que trataba de ser un instrumento pedagógico para el conocimiento del libro en todos sus aspectos. Bajo los epígrafes *Libros para todos*, *Anatomía del Libro*, *Los libros han hecho historia*, *De la piedra al papel*, *El libro sale a la calle*, *El libro y su vestidura*, *El libro como fiesta*, *Las metamorfosis del libro*, *Los queridos libros propios* y *Esa joya llamada libro*, en diez secciones desplegadas en toda la extensión de las Salas Nobles, se presentaban al visitante durante los cuatro meses que permaneció abierta (de junio a septiembre) las ediciones españolas conmemorativas del Año Internacional del Libro, los elementos internos que conforman al libro, una selección de los manuscritos e impresos más representativos de la historia del libro español, las materias escritorias —sin olvidar los nuevos soportes utilizados para la comunicación intelectual (película, disco, cinta magnética)—, la imprenta y sus técnicas, la encuadernación y sus instrumentos, la ilustración, los formatos, las marcas de propiedad y los exlibris y la Bibliofilia: el libro como joya y los coleccionistas de libros bellos.

Enmarcada en un proyecto de exposiciones anuales destinadas a dar a conocer a través de los libros aspectos peculiares de la cultura española, la exposición de *Los toros* —primera y única ofrecida por la Biblioteca para cumplir este programa— abrió las puertas de las Salas Nobles en mayo de 1974. La Biblioteca Nacional está dotada para mostrar exhaustivamente la temática taurina, como integradora de colecciones particulares ingresadas por compra o donación —entre ellas la copiosa reunida por Luis de Videgáin— que se han unido a los materiales sobre el tema incorporados a lo largo de su historia. Libros, revistas, carteles, grabados, ilustraron elocuentemente sobre la fiesta española por antonomasia. La publicación de *La Fiesta Nacional (Ensayo de bibliografía taurina)* bajo la dirección de Manuel Carrión en 1973, previa a la inauguración de la Exposición, con 4.288 asientos, suplía con creces la ausencia de catálogo.

Forma especial de la comunicación científica, la Cartografía ha dado ocasión por distintos motivos para exposiciones de gran altura. Sin contar las veces en que los mapas han ocupado un lugar destacado en exhibiciones sobre temas particulares, ellos han sido materia principal en las salas de la Biblioteca. Recordemos la *Exposición cartográfica medieval y de la Escuela Mallorquina*, ofrecida por la Real Sociedad Geográfica Española a los participantes en el I Congreso Iberoamericano y Filipino de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual en 1952. En 1954, como acto complementario de la VII Conferencia Internacional de Cartografía, *Cartografía en la época de los Descubrimientos* presentó 136 piezas de gran calidad —98 de la Biblioteca Nacional— de los siglos XV a XVIII, impresas y manuscritas. La obra de *Ptolomeo*, en códices y textos impresos, los atlas manus-

critos de Juan Ortiz y de Juan de Oliva y el de Juan Martínez, el *Islario General de todas las Islas de Alonso de Santa Cruz* y mapas de reconocimiento de costas y territorios de América y África; *Astronomicum Caesareum* de Pedro Apiano, las obras de Marco Polo, Cieza de León, García de Céspedes, Girava, Pedro de Medina, Jorge Juan, fueron piezas de gran importancia entre las expuestas. La Biblioteca Nacional, el Servicio Geográfico del Ejército y el Museo Naval de Madrid aportaron lo mejor de sus colecciones. Con *Cinco siglos de cartografía militar española* (abril 1982) el Servicio Geográfico del Ejército daba a conocer sus importantes fondos cartográficos. Para la Exposición se seleccionaron 18 atlas y portulanos y 146 mapas y planos históricos, con secciones para cada Continente, fechados entre los siglos XV y XIX, con un apartado especial para la cartografía española actual representada en 19 mapas. Todo el material expuesto está descrito en un cuidado catálogo impreso.

La Historia en los mapas manuscritos de la Biblioteca Nacional fue una exposición de responsabilidad exclusiva de la Biblioteca, montada para dar a conocer la importante colección de mapas trazados a mano en los siglos XVI a XIX custodiados en la Sección de Geografía y Mapas, descritos científicamente por Elena Santiago Páez, Comisaria de la Exposición, en el catálogo dedicado a este rico fondo publicado como complemento. Son 474 mapas de diversas procedencias: la Primera Secretaría del Estado y del Despacho —antecedente del actual Ministerio de Asuntos Exteriores—, el Legado López Garat y la primitiva Biblioteca Real. No todos los documentos descritos en el Catálogo fueron expuestos; solamente una selección de unos cien mapas y planos de amplia variedad temática «para demostrar cómo los mapas son instrumentos muy valiosos para la reconstrucción y la investigación de la historia», dispuestos en un orden temático distinto del adoptado para la ordenación del Catálogo. El *urbanismo* estaba representado con mapas del siglo XVIII casi en su totalidad; la *política de desarrollo del país en la etapa borbónica* informaba gráficamente sobre la organización del correo marítimo, construcción de arsenales, ampliación de puertos, redes de canales de riego y navegación, explotación de minas, etc.; *el siglo XVIII, un siglo de conflictos bélicos*, sobre las guerras de sucesión española y austriaca, los ataques ingleses a las colonias españolas de América, las campañas napoleónicas...; los *mapas de Cataluña*, los de Antonio de Ulloa formaban grupo propio y *mapas y planos de temática diversa* ilustraban las diferentes técnicas de la representación cartográfica (proyectos de fortificación de ciudades, cartas de navegación, exploraciones, límites y fronteras en litigios entre ciudades).

La falta de espacio impide el recuerdo detallado de otras exposiciones monográficas no menos importantes que las que se describen más arriba. La exposición *Libros españoles sobre Historia de África* (1947), seguida

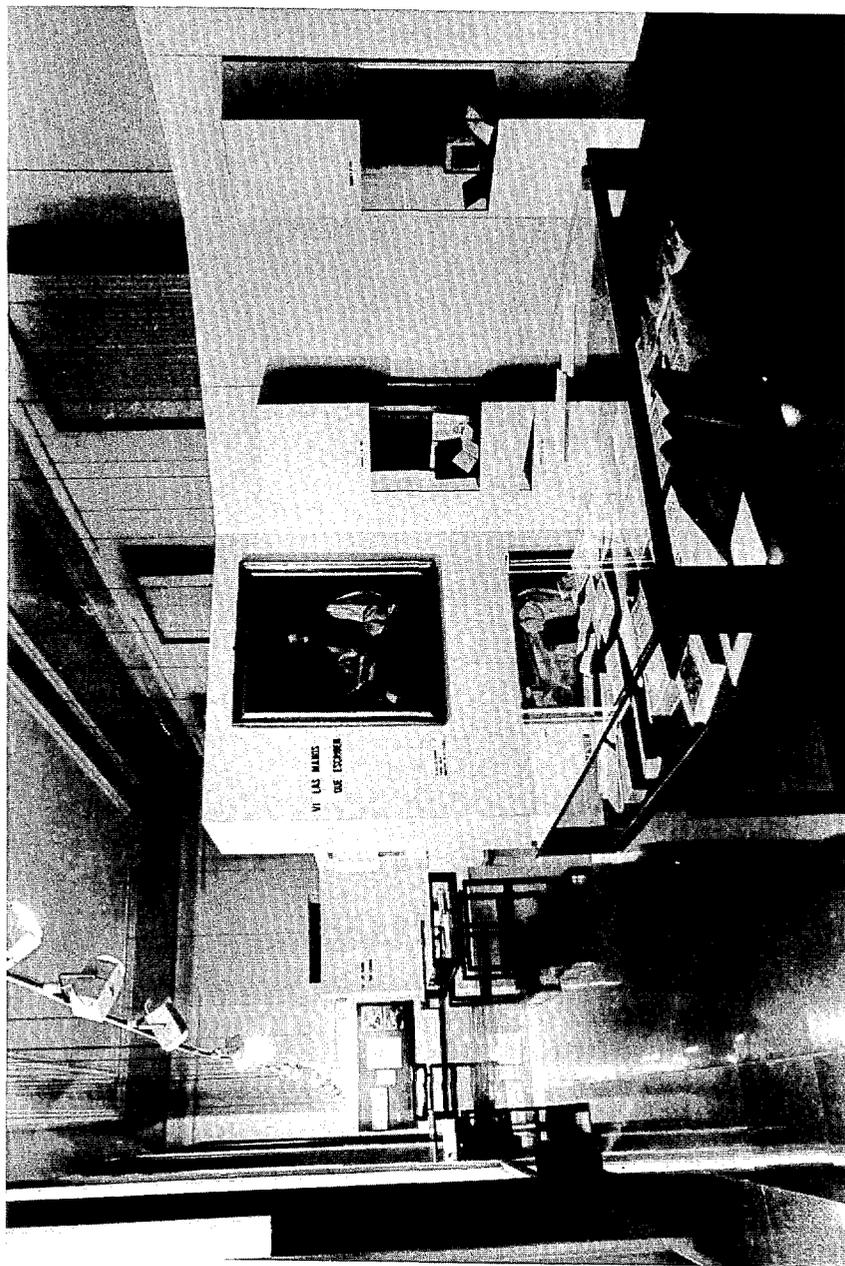
de otras dos exposiciones sobre el tema para conmemorar el Día de África en 1967 y 1981, preparadas por Concha Brágimo, la de *Filosofía Española y Portuguesa de 1500 a 1650* (1948) en la conmemoración del IV Centenario del nacimiento del Padre Francisco Suárez, la *Exposición Histórica de la Orden Benedictina* (1948), en el XIV Centenario de su fundación, *Libros y Mapas sobre la independencia de América*, organizada en colaboración con el Instituto de Cultura Hispánica en 1949, *Libros en Lenguas Indígenas*, patrocinada por la Dirección General de Relaciones Culturales en abril-mayo 1950, la *Exposición de música sagrada española* (1954) con catálogo redactado por Jaime Moll Roqueta, la de *Música antigua española* (1958), la *Exposición Oriente-Occidente* sobre las primitivas relaciones de España con Asia y Oceanía (1958), la *Bibliográfica sefardí mundial* de 1959, la conmemorativa del *IV Centenario de la Orden de San Jerónimo* (1973), la serie de exposiciones anuales del libro infantil que se celebraban durante las fiestas navideñas, y muchas más cuya lista sería enojosa, hablan elocuentemente de la atención prestada por el primer centro bibliográfico español a esta forma de comunicación cultural.

LAS ARTES DEL LIBRO

La intención artística, no la puramente bibliográfica, ha sido el motor de gran número de las exposiciones organizadas por la Biblioteca Nacional y la Sección de Bellas Artes —Gabinete de Estampas y Bellas Artes en el esquema organizativo actual— la principal protagonista. El material constitutivo de sus colecciones es más adecuado para la exhibición que los libros, puesto que ha sido concebido para la contemplación. Un fondo de más de 70.000 estampas sueltas de los más importantes grabadores que han ejercido su arte desde el siglo xv hasta nuestros días, además de más de 5.000 libros de todas las épocas en los que la ilustración sobrepasa en importancia al texto, hacen de la Sección la más importante grafoteca de España. Fotografías, tarjetas postales, carteles, láminas artísticas, aumentan la importancia de estas colecciones. Este material gráfico está enriquecido, además, con 15.000 dibujos originales de artistas españoles y extranjeros, especialmente italianos y franceses.

En la memoria de las exposiciones de la Biblioteca ocupan un lugar destacado las celebradas sobre *Rembrandt* (1934), *Tiépolo* (1935) y *Giovanni Battista Piranesi* (1936) dirigidas por D. Enrique Lafuente Ferrari, en estas fechas Jefe de la Sección; simultáneamente fueron publicados los catálogos descriptivos de los dibujos y grabados de estos artistas en la Biblioteca, redactados por el Profesor Lafuente.

Transcurrido el paréntesis de la guerra civil española, las exposicio-



Panorámica de una de las salas de la exposición conmemorativa del IV CENTENARIO DE LA ORDEN DE SAN JERÓNIMO. 1973.

nes se suceden, esta vez bajo la dirección de Elena Páez, responsable de la Sección como jefe de la misma hasta el momento de su jubilación en 1979. De su dedicación al estudio de los materiales grabados de la Biblioteca Nacional son muestra elocuente la publicación de *Iconografía britana: catálogo de los retratos grabados de personajes ingleses de la Biblioteca Nacional* (1948), *Iconografía Hispana* (1966-1970, 5 vols.) y del *Repertorio de grabados españoles de la Biblioteca Nacional* (1981-1983, 3 vols.), además de otros trabajos entre los que se pueden contar los catálogos de las exposiciones organizadas mientras fue conservadora en la Sección. A esta época pertenecen las exposiciones *Grabados y dibujos de Goya en la Biblioteca Nacional* (1946), superada después por *Goya en la Biblioteca Nacional, conmemorativa del sesquicentenario de su muerte* (1978), donde se mostraron 196 piezas: 151 grabados y 45 dibujos originales; *Exposición de temas navideños* (1949), *Exposición de Semana Santa* (1951), *Exposición antológica del grabado español para el I Congreso Ibero-Americano y Filipino de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual* (1952, ya citada), *Luis XIV y su corte en el grabado francés* (1952), *Rembrandt y artistas de su época* (1969) y *Durero en la Biblioteca Nacional*, en 1971, para conmemorar el V centenario del nacimiento del artista con la exhibición de 213 obras entre las que figuraban las series de El Apocalipsis, Vida de la Virgen, pasiones grande y pequeña, los Apóstoles, y grabados sueltos en madera y en las distintas técnicas del metal, además de atribuciones a Durero o a su escuela, descritos con abundantes referencias bibliográficas en un cuidado catálogo. Cierra este período la exposición sobre *Piranesi*, celebrada en diciembre de 1978 con motivo del segundo centenario de su muerte, promovida por el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, acompañada de una segunda edición del Catálogo redactado por el profesor Lafuente Ferrari en 1936.

Bajo la coordinación de Elena Santiago Páez y organizada bajo los auspicios del Ministerio de Cultura, estuvieron expuestos los *Dibujos italianos de los siglos XVII y XVIII en la Biblioteca Nacional* (mayo-julio 1984). Manuela Mena, Subdirectora del Museo del Prado y estudiosa de los dibujos italianos en colecciones españolas, fue comisaria y autora del documentado catálogo descriptivo de las 224 obras que constituyen esta colección de dibujos. Elena Santiago ha puesto también todo su saber en la selección, montaje y dirección del catálogo impreso de la exposición *Dibujos de Arquitectura y Ornamentación de la Biblioteca Nacional*, inaugurada el 24 de septiembre de 1991, cerrándose con ella el ciclo de exposiciones en este año. En el monumental catálogo se describen científicamente los 550 dibujos de estas materias de la colección de la Nacional de los que sólo se expusieron aproximadamente la mitad. Una selección de los italianos ha sido objeto de una muestra inaugurada en el mes de diciembre en la Biblioteca Braidense de Milán.

Manifestaciones artísticas de más allá de nuestras fronteras —*Grabado francés* (1952), *Grabado japonés contemporáneo* (1971), *Xilografías sardas* (1973)— y colecciones valiosas —*Obras maestras de la Albertina de Viena* (1962)— han pasado por las salas de exposiciones. Pero sobre todo la Biblioteca Nacional ha sido ventana abierta para dar a conocer la obra gráfica de los artistas españoles contemporáneos, quedando constancia de estas muestras en las colecciones del Gabinete de Estampas: Gregorio Prieto, Alfonso Ayuso, Fernando Bellver, Manuel Ayllón, Doroteo Arnáiz, el francés residente en España François Merechal y muchos más han aprovechado la oportunidad que les ofrecía la Biblioteca para exponer sus trabajos.

La fotografía sustituyó en la ilustración del libro —desde su descubrimiento— al grabado, reservado en los tiempos modernos para las ediciones de bibliófilo. En la Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional se custodia una colección de fotografías con unos 35.000 ejemplares utilizada también como material ilustrativo en exposiciones bibliográficas. Además de alguna muestra dedicada exclusivamente a material fotográfico —por ejemplo, la de *Fotografía mundial* en 1970— las Salas Nobles albergaron en 1982 una interesante exposición histórica, *La Fotografía en España hasta 1900*, auspiciada por el Ministerio de Cultura y coordinada por Luis Revenga y Cristina Rodríguez Salmones, especialistas en esta materia, Comisarios de la Exposición. La obra de los primeros cultivadores del arte fotográfico en España —Juan Parés, con sus daguerrotipos, Charles Chifford y J. Laurent entre otros pioneros de la fotografía en nuestro país—, los trabajos fotográficos de Santiago Ramón y Cajal, fueron dados a conocer a través de 218 fotografías y 14 álbumes y carpetas, prestados por coleccionistas particulares y por instituciones oficiales, entre ellas la Biblioteca Nacional —con piezas seleccionadas especialmente de la Colección Manuel Castellanos—, la Biblioteca de Palacio, el Museo Romántico, el Museo Cajal, el Museo del Cine y la Filmoteca Nacional. Complementaban el material de las vitrinas aparatos fotográficos del Museo del Cine y cuatro cámaras sacadas del Museo Cajal empleadas por el Nobel español en sus experimentos fotográficos. La evolución de la fotografía desde los ensayos de Niepce hasta 1900, estudios monográficos sobre fotógrafos y aspectos diversos del arte en el siglo XIX y la relación de las obras expuestas, con abundantes reproducciones, convierten al catálogo redactado bajo la dirección de Cristina Rodríguez Salmones en un texto informativo de primera mano para el estudio de la historia de la fotografía en España.

Sin embargo, la magna exposición sobre la fotografía llegó a la Biblioteca en 1989 con *150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional*. Con ella se conmemoraba el sesquicentenario del invento al mismo tiempo que se

presentaba la guía-inventario de los fondos fotográficos del Centro que se habían constituido en Sección en 1986 en el seno del Gabinete de Estampas y Bellas Artes. Sacados del rico fondo de la Biblioteca, libros sobre el arte y la técnica de la fotografía seleccionados de los más de 1.500 que controla la Sección, obras ilustradas por este procedimiento desde que se aplicó a la ilustración del libro, pruebas fotográficas individualizadas de los más antiguos cultivadores y ejemplos de la evolución de este arte hasta nuestros días fueron ofrecidos en esta muestra como un extenso reportaje gráfico ilustrativo del diario vivir y de los más relevantes acontecimientos ocurridos durante los 150 años que cubría la Exposición. Isabel Ortega, responsable de la Sección de Fotografía, y Gerardo F. Kurtz, directores de la guía-inventario, fueron también comisarios de la muestra.

La encuadernación pasó de ser forro protector del libro a arte suntuario. Hay libros que se guardan por el valor de su contenido, pero otros se conservan por su envoltura. Ilustración y protección del libro son características artísticas que evolucionan paralelamente a las demás manifestaciones de la Historia del Arte. Testimonio palpable de la historia de la encuadernación es la colección Rico y Sinobas adquirida por el Estado después de su muerte en 1888. La colección está compuesta por 1.107 cubiertas de libros, datables entre los siglos XIV y XIX, restos de encuadernación arrancadas a libros por orden de sus poseedores para sustituir las por otras uniformes adornadas con sus escudos nobiliarios a modo de ex-libris, o modelos de famosos encuadernadores españoles. Esta colección fue dada a conocer al público en una muestra instalada en la Sección de Bellas Artes con ocasión de su ingreso en la Biblioteca en 1901. Una selección de cerca de 200 piezas restauradas por el Centro Nacional de Restauración de Libros y Documentos —como primicia del programa de restauración y montaje de la colección completa— ilustraba toda una teoría de la encuadernación bajo el título de *Cinco siglos de encuadernación artística española* en una exposición que permaneció abierta durante los meses de diciembre de 1977 y en enero de 1978. En diez vitrinas de las Salas Nobles, con textos explicativos y material ilustrativo que demostraba las relaciones del arte ligatorio de cada momento con otras manifestaciones artísticas, se hacía un recorrido de la encuadernación de arte desde formas árabes del siglo XIV al XVII seguidas de ejemplares del gótico europeo, el mudéjar y gótico-mudéjar hispanos, el estilo arquitectónico de las platerescas, las Barrocas recargadas de oro, las encuadernaciones regias de los primeros Borbones, el estilo imperio de las encuadernaciones de Fernando VII con bellos ejemplares «de cortina» y las románticas «a la catedral», y las de «rocalla» isabelina. El Centro Nacional de Restauración presentó una colección de los instrumentos y materiales



LA ENCUADERNACIÓN ARTÍSTICA ESPAÑOLA ACTUAL. 1986. Vitrina con obras de Bruggala.

utilizados para encuadernar, complemento necesario para el conocimiento de la técnica ligatoria. Para informar sobre la Exposición fue publicada una breve guía de orientación al visitante con un estudio de la Colección Rico y Sinobas y un resumen del contenido de cada vitrina.

En 1986, con *La encuadernación artística española actual*, la Biblioteca rendía un merecido homenaje a los artistas españoles contemporáneos cultivadores de un arte que se resiste a desaparecer. Nutrieron la Exposición 255 piezas en las que modelos de inspiración en estilos antiguos alternaban con otros fruto de una creatividad llena de la fantasía y el colorido característicos del arte más vanguardista de nuestro tiempo, todas obra de veinticuatro artistas vivos. Manuel Carrión, en su papel de Comisario, fue el coordinador entre artistas, bibliófilos y coleccionistas y el director de los trabajos de montaje y de la redacción del Catálogo, que ha quedado como instrumento de consulta inexcusable para el estudio de la encuadernación española contemporánea. No faltó el espacio dedicado a mostrar utensilios y materiales necesarios para encuadernar y los visitantes contaron con el complemento de una sala de vídeo en el que los artistas participantes prestaron su figura y su voz para informar sobre sus experiencias e innovaciones técnicas en el campo por ellos cultivado.

Durante el tiempo en que *La encuadernación artística española actual* permaneció abierta, otra exposición sobre el mismo tema, *Ocho siglos de encuadernación española*, servía de introducción histórica con cuarenta y dos ejemplares prestados por la Catedral de Segovia, la Casa de Alba, la biblioteca de D. Bartolomé March, el Museo Lázaro Galdiano y los Marqueses de Laula. Valiosa selección llevada a cabo por D. Carlos Romero de Lecea, Comisario de la muestra expuesta con anterioridad en Bruselas en el conjunto de actos dedicados a España por Europa 85.

LA BIBLIOTECA VIAJA

La consideración de la cultura como bien común es un argumento incontrovertible que justifica la participación de los libros —objetos fácilmente transportables— en exposiciones que se celebran fuera de los centros depositarios. Hay un riesgo, qué duda cabe, en el transporte de piezas valiosas cuya pérdida sería irreparable, pero es un peligro que hay que correr si no se quieren cerrar las puertas a la comunicación intelectual entre los pueblos.

Podría hacerse una larga lista de exposiciones celebradas en España y fuera de España en las que obras cumbre del tesoro bibliográfico español han compartido su presencia con las de bibliotecas de otros países.

Sin salir del nuestro, y dejando al margen las exposiciones madrileñas en las que ha participado, la Biblioteca ha estado presente en importantes muestras que no es posible citar en su totalidad: la exposición dedicada en 1958 a *Carlos V* en el Museo de Santa Cruz de Toledo para conmemorar el IV Centenario del fallecimiento del Emperador; la expuesta en 1960 en San Isidoro de León en el *Milenario de la Biblia Visigótica*; la recomposición de *La Escuela de Traductores de Toledo* en Toledo, en 1966; la de *Códices miniados españoles*, en el Archivo de la Corona de Aragón, con motivo del XVI Congreso de la Unión Internacional de Editores celebrado en Barcelona en 1962; la nacional de *Alfonso X* instalada en 1984 en el Museo de Santa Cruz de Toledo para conmemorar el VII centenario de la muerte del Rey Sabio, sirven de ejemplo.

En septiembre-noviembre de 1984 se inició un experimento de exposición celebrada fuera de Madrid nutrida exclusivamente con obras de su fondo: *L'Ocï en la Biblioteca Nacional*, montada en el Salón del Tinell de la Diputación de Barcelona por la Dirección General del Libro y Bibliotecas y el desaparecido Instituto Nacional del Libro Español como acto complementario de la Feria Internacional Liber 84, celebrada por primera vez en la Ciudad Condal. María Luisa López Vidriero seleccionó 393 obras para mostrar en tres apartados «esa otra cara de la vida y aproximación al conocimiento del hombre desde la observación de su ocio». La Exposición pudo contemplarse posteriormente de las Salas Nobles de la Biblioteca y ha quedado reflejada en un bello catálogo en el que alternan textos literarios e ilustraciones con la descripción de las obras expuestas.

Las exposiciones *Internacional de Bruselas* (1958), *Hispano-Hebrea* de Buenos Aires (1969), la conmemorativa del *Bimilenario del Imperio Persa* en Teherán (1971), *Cristóbal Colón y su tiempo* en la Smithsonian Institution de Washington (1976) y *Tesoros Bibliográficos mexicanos* en la Universidad Autónoma de Méjico en 1984 con motivo del XXII Congreso de la Unión Internacional de Editores, y muchas más, contaron con la participación española con mayor o menor número de piezas de la Biblioteca Nacional.

Mayor participación —en cuanto a responsabilidad en la organización, intervención de profesionales de su plantilla y aportación de piezas valiosas— ha tenido la Biblioteca en otras exposiciones montadas fuera de España para dar a conocer nuestra cultura por medio de los libros. *Miniatures espagnoles et flamandes dans les collections d'Espagne* (18 abril-6 mayo 1964) en la Biblioteca Alberto I de Bruselas, fue ofrecida como homenaje a la Reina Fabiola de Bélgica, coordinada y dirigida por D. José López de Toro, entonces Subdirector de la Biblioteca, y en ella figuraban 110 obras de la Biblioteca Nacional entre las 126 seleccionadas de los siglos IX a XVII de distintas colecciones españolas. *Tesoros de España: Ten Cen-*

turies of Spanish Books (12 octubre-30 diciembre 1985) en la Biblioteca Pública de Nueva York, auspiciada por el Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa, y hecha cuerpo por la Dirección General del Libro y Bibliotecas mediante 141 obras elegidas en instituciones culturales españolas por María Luisa López Vidriero —113 de la Biblioteca Nacional—. Y *Les Rois Bibliophiles* (26 septiembre-30 noviembre 1985) en la Biblioteca Alberto I de Bruselas, coordinada por das comisarias nombrados por el Comisariado General de Europa 85 —una por España y otra por Bélgica— para la que se seleccionaron las 129 obras que se describen en el Catálogo, de las que sólo se pudieron exponer 114 (46 de la Biblioteca Nacional), todas ellas propiedad de los reyes españoles a través de la Historia o a ellos dedicadas, procedentes de bibliotecas de nuestro país y del resto de Europa.

La participación en exhibiciones del exterior ha abierto paso en los últimos años a la presentación de colecciones específicas de la Biblioteca Nacional promovidas por acuerdos culturales bilaterales de España con otros países, o como actos complementarios de acontecimientos de los que España es en cierto modo protagonista. La Exposición *Science through the Ages* reunió en la Bodleian Library (abril-mayo 1986) cincuenta y cuatro piezas (manuscritos, dibujos, mapas, libros impresos) de los siglos XII al XIX, homenaje de la Biblioteca Nacional española en la investidura de S. M. Juan Carlos I como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oxford. *Trésors de la Biblioteca Nacional* coincidió con otras manifestaciones de la cultura hispana —cine, teatro, literatura— en la capital francesa. La Biblioteca Nacional de París acogió 73 obras cumbre de la historia del libro español entre las que figuraban el *Poema del Cid*, las *Introducciones Latinas* de Nebrija, el *Diario de Navegación de Cristóbal Colón* reconstruido en el autógrafo de Fr. Bartolomé de las Casas, la edición príncipe de la primera parte del Quijote, el *Salustio* de Ibarra y el *Libro de los gorriones*, autógrafo de Bécquer. Bajo el título *D. Quijote Ausgaben in Vierhundert Jahre*, la Biblioteca ofreció en 1991 una exposición sobre la obra inmortal dentro del programa «La Hora de España» desarrollado en Frankfurt como complemento de la Feria Internacional del Libro, dedicado este año a resaltar la producción bibliográfica de nuestro país. En el Museum für Kunsthandwerk fueron expuestas 103 ediciones de la obra inmortal, desde la príncipe de la primera parte hasta la de 1987 preparada por Vicente Gaos, incluyendo las ediciones de otros países, seleccionados del fondo de la Biblioteca Nacional bajo la dirección de Manuel Sánchez Mariana, Comisario de la Exposición, y descritas en un documentado catálogo coordinado por Isabel Ruiz de Elvira. Por último, cuando se está redactando este artículo, han sido inauguradas dos exposiciones en Italia con fondos de la Biblioteca relacionados con las artes del libro. La primera,

Legature Spagnole della Biblioteca Nazionale, ha sido inaugurada en diciembre de 1991 en la Biblioteca Vallicelliana de Roma, inserta en el programa de cooperación del Ministerio de Cultura con el de Affari Esteri italiano en el marco de la «Rassegna España-Italia»: 135 modelos representativos de la encuadernación española de los siglos XIV a XIX encarnados en libros y en una selección de cubiertas de la colección Rico y Sinobas sometidas a un nuevo montaje en el taller de la Biblioteca para esta Exposición. La segunda viene a ser un apéndice de la Exposición *Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII* ya mencionada. *Disegni italiani di architettura e ornamentazione della Biblioteca Nazionale* ha sido inaugurada en la Biblioteca Nazionale Braidense de Milán también en diciembre de 1991 dentro de un «ambicioso proyecto de cooperación cultural... para promover el conocimiento de los más significativos aspectos de la cultura de los dos países» (Elena Santiago, en la presentación del Catálogo impreso). Integran la Exposición setenta y seis dibujos ya vistos en la exhibición de Madrid.

LOS PROS Y LOS CONTRAS DE LAS EXPOSICIONES

La salida de los libros preciosos de los depósitos de seguridad de la Biblioteca para ser expuestos en salas abiertas a la contemplación del público en general es motivo de temores en profesionales y profanos que ven más peligros que ventajas en su exhibición. Ni siquiera los responsables de la custodia de estas valiosas colecciones se ven libres de este temor, temor reverencial que sienten también cuando tienen que facilitar la consulta de estas piezas para cumplir con su compromiso con la comunicación de los bienes culturales, sin cuyo estudio se detendría el avance en el conocimiento de la historia de la humanidad. Es obvio que nada sirve si no se utiliza y en esta utilización está la razón de ser de estos testimonios del pasado. Una forma de utilización es darlos a conocer, como ocurre con los tesoros artísticos en los museos, cuya finalidad principal es exponerlos a la luz para deleite estético de los visitantes.

El riesgo de deterioro de las piezas con su exposición —si se hace con las debidas precauciones— es menor que el que sufren en las salas de lectura si no hay una vigilancia adecuada. Si las salas de exhibición reúnen las condiciones correctas de ambientación —luz, humedad, temperatura, ausencia de agentes contaminantes— y la seguridad está prevista, la exposición de los tesoros bibliográficos en cortos períodos no sólo está exenta de peligros sino que es recomendable y exigible en el programa de actividades de un centro bibliotecario. Estas condiciones se cumplen en las salas de la Biblioteca Nacional.

Por otra parte, y desde el punto de vista de su quehacer diario, la propia Biblioteca se ha visto beneficiada con los trabajos de selección, montaje y descripción inherente a la celebración de una muestra bibliográfica. En primer lugar, en la formación de los bibliotecarios que participan en la selección del material que se va a exponer y en su estudio para darle una organización científica en las salas. La consulta de trabajos de investigación especializados sobre el tema, la búsqueda de referencias en bibliografías, la localización en los catálogos de la Biblioteca y el examen de las piezas, enriquecen intelectual y profesionalmente a los especialistas responsables de los departamentos participantes con un conocimiento más profundo del fondo bibliográfico colocado bajo su custodia y responsabilidad. No menos beneficiosa para la Biblioteca es la redacción de los catálogos. El catálogo —si se imprime— se convierte en un instrumento bibliográfico e informativo de primera mano sobre el tema de la exposición. En su redacción se ha avanzado en los últimos años y de simple relación de las obras expuestas ha pasado a ser un repertorio con la participación de especialistas que colaboran con la aportación de estudios científicos introductorios a las extensas descripciones de cada pieza en las que los datos de identificación externa se complementan con un exhaustivo estudio del contenido y una extensa bibliografía. Aumentan su valor informativo las ilustraciones gráficas y los índices complementarios. Otra aportación beneficiosa es la restauración de las piezas que la necesitan previa a su exhibición, si no habían sido sometidas ya a este proceso en la labor sistemática del taller de la Biblioteca, además del enriquecimiento del archivo de seguridad con la incorporación de los microfilmes que han de quedar de las obras que se prestan para exposiciones externas.

Mayores precauciones han de tomarse cuando los libros salen de la Biblioteca para ser expuestos en otros centros. Si las colecciones de la Biblioteca Nacional son parte integrante del tesoro bibliográfico español, los demás centros culturales del Estado tienen derecho, en cierto modo, a hacer uso de ellas. El compromiso del préstamo de libros para ser expuestos fuera de España, adquirido en virtud de programas de intercambio cultural con otros países, se somete a una serie de requisitos que la Biblioteca nunca deja de cumplir como responsable de la custodia de los tesoros que tiene confiados. Los trámites se inician siempre con una orden ministerial previa que autoriza la salida de las obras. El peligro mayor está en el traslado, sujeto a riesgos imprevisibles de pérdida o destrucción de las piezas. La suscripción de una póliza de seguro para cada pieza por su valor estimado no es garantía absoluta de que su integridad queda protegida. La contratación con una casa especializada en el transporte de obras de arte para su traslado tampoco está exenta de riesgos,

no obstante la acreditada solvencia de las agencias que lo están haciendo. El embalaje del material que se exporta es obra de personal especializado, adecuado para su perfecta conservación, pero la llegada al punto de destino está condicionada a un medio de transporte que, aunque sea el más seguro, puede fallar. Pero en esto, como en otras facetas de su trabajo, la Biblioteca no se aparta de las directrices en uso para favorecer la cooperación cultural a escala internacional.

Es conveniente, además, la intervención de un representante de la Biblioteca que pueda comprobar las condiciones de seguridad de las salas en que tan valioso material va a ser mostrado.

Queda expuesto hasta aquí, con inevitables lagunas, el panorama de una actividad importante en el conjunto de servicios de la Biblioteca Nacional, compartida con otras instituciones y con proyección internacional. Una actividad que, a pesar de los riesgos subrayados, es digna de ser fomentada para dar a conocer nuestros pueblos, sus culturas y su historia por medio de los libros.

